

DE ESCUELAS Y MAESTROS

# Jean Piaget y yo



En los últimos veintiún cursos, que son los que este septiembre cumplo dando clase en la antigua Escuela de Magisterio de Huesca, no he dejado de contarles a los estudiantes algunas anécdotas protagonizadas por mis hijos, pequeñas aventuras de cuando eran niños, de sus reacciones ante la vida, de cómo se desarrolló en ellos el lenguaje y el pensamiento, de su manera de apropiarse del mundo, de sus teorías para explicar la realidad. Les cuento todas estas cosas a los aspirantes a maestros al menos por dos razones. Por una parte, he aprendido mucho de educación a través de su mirada. Ellos me mostraron cómo entendían a sus maestras y cómo entendían la vida en la escuela: «Si la maestra se da cuenta de que el niño que se sienta a tu lado es tu amigo, te cambia de sitio. Por eso Alberto y yo, como queremos estar juntos, disimulamos». Por otra parte, me bastaba pensar en Jean Piaget (Neuchâtel, 1896–Ginebra, 1980), para sentirme absolutamente legitimado para hablar de mis hijos en mis clases. Al fin y al cabo, si este sabio suizo, epistemólogo, psicólogo, biólogo, considerado el padre de la epistemología genética, formuló gran parte de sus teorías sobre el desarrollo cognitivo infantil observando las reacciones de Lucienne, Laurent y Jacqueline, sus tres hijos, también yo podía defender algunas ideas sobre educación si estaba atento a cómo vivían la escuela Blanca y Guillermo, a las relaciones que establecían con otros niños y con sus maestras.

## El interés y la sorpresa

Blanca es tres años mayor que Guillermo. Por eso, cuando Guillermo empezó Educación Infantil tuvo la misma maestra y ocupó la misma aula que había tenido su hermana. Un día Blanca me contó su secreto para que Guillermo acudiera tan contento a la escuela que ella abría cada verano para su hermano. «¿Sabes qué pasa? –me preguntó muy seria– pues que yo, que soy su maestra, siempre le enseño lo que él quiere aprender». Así de fácil, así de simple. Me lo contó sin darle ninguna importancia, como si además de lógica, aquella estrategia metodológica fuera algo absolutamente normal en todas las escuelas y para todas las maestras. Pero eso no era suficiente para asegurar la motivación de su hermano, para que el aprendizaje estuviera siempre unido a la alegría y a la felicidad: «Además, le tengo preparada, cada día, una sorpresa». Desde entonces pienso que si fuéramos capaces de enseñar lo que de verdad interesa a los niños y consiguiéramos que el aprendizaje se convirtiera en un gozoso descubrimiento, tendríamos el éxito asegurado.

Por: **Víctor Juan**  
Director del Museo Pedagógico de Aragón